

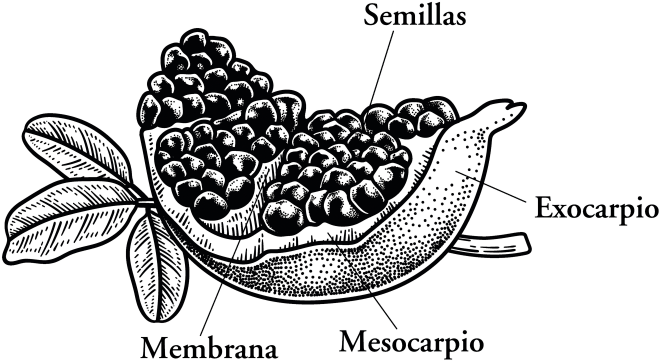
FRUTA MADURA

SARAH ROSE ETTER
Ganadora del premio Shirley Jackson



ÍNDICE

Exocarpio	11
Mesocarpio	83
Membrana	151
Semilla	201



exocarpio

/ekso'karpjo/

sustantivo

1. Capa externa de un ovario o fruto maduro, como la piel del melocotón o de la granada.

Nadie debería ver a un hombre así, devorado por las llamas. La visión de un horror tan agudo se queda para siempre en la memoria. Es como un cuchillo clavado en el corazón.

Es martes por la tarde. Estoy en el tren y vuelvo del trabajo. El vagón huele a humanidad y a miseria, a mal aliento, a sudor de hace días, a fruta podrida. A través de la ventanilla sucia, contemplo la ciudad de San Francisco en invierno: una fría puesta de sol sobre el agua brillante de la bahía, colinas oscuras salpicadas de luces y las negras siluetas de las palmeras atravesando un cielo color pastel que parece desvanecerse.

El tren está lleno de creyentes. Yo no soy una de ellos. Los creyentes tienen la piel pálida y los ojos vidriosos. Visten chaquetas cortavientos con logotipos de empresas tecnológicas, pantalones vaqueros, zapatillas de tela, bailarinas de materiales sostenibles. Los tapones de plástico blanco que llevan en los oídos anulan el sonido del mundo a su alrededor mientras entierran sus caras en las pantallas. No hablan entre ellos. No establecen contacto visual. En realidad, no están aquí. El tren está lleno de cáscaras vacías.

Actúo como una de ellos. Una música lenta y triste suena en mis auriculares. La canción de fondo hace que el trayecto parezca algún tipo de película. Con cada destello del paisaje, el tren me va alejando de la oficina. Cada día aquí me exprime un poco más de vida. Vuelvo a casa en silencio, extenuada, abatida. El agujero negro se cierne sobre el asiento vacío que está a mi izquierda. Un calor oscuro emana de su centro. Me invade un olor metálico, como del espacio exterior. Pero nadie más puede ver ese agujero negro. Es mío y solo mío. Siempre lo ha sido.

—Deme un dólar, señora —me llama una voz por encima de la música.

Un hombre se detiene en el pasillo del tren: lleva un traje marrón descolorido y es demasiado viejo para saber si sus ojos os-

curos inyectados en sangre lo están a causa de la edad o de la bebida.

—No tengo dinero —le digo.

—¿No tiene nada? Venga ya...

El agujero negro se expande y gira en el sentido de las agujas del reloj.

—Lo siento mucho.

—Que te den —murmura, pasando a la siguiente cáscara.

Cuando el tren llega a mi parada, me quito los auriculares y los meto en su estuche. Me abro paso entre la multitud del andén. Está formada por madres empujando cochecitos, creyentes que llevan hoverboard bajo el brazo, adolescentes malhablados y un hombre ciego que toca un violín maltrecho cuyas melancólicas notas hacen vibrar las entrañas de la estación. El agujero negro se mueve a mi lado, por encima de sus cabezas. Una vez fuera, recorro unas manzanas por el corazón de la ciudad. Encuentro vendedores de comida y de flores, artistas que rasgan las cuerdas de viejas guitarras con cubos blancos a sus pies, mujeres que venden alhajas de plata que brillan bajo la luz de las farolas. Entonces lo veo. Todo empieza con un leve tumulto en la acera, luces rojas y azules, un camión de bomberos y varios coches de policía estacionados en la calle.

—Señor, por favor, piénselo bien —dice un policía por encima de la multitud—. No tiene por qué hacer esto.

De repente, un parpadeo anaranjado aparece sobre nuestras cabezas. Al principio creo que se trata de algún tipo de hoguera, pero un aullido desgarrar el cielo y los cuerpos se separan. Un fuego se alza con llamas altísimas y en su interior distingo la forma de un hombre que agita los brazos y abre la boca en un grito silencioso.

Los bomberos dirigen sus extintores hacia él, cubriendo su cuerpo humeante de nieve sintética mientras la pira en la que se ha convertido se derrumba sobre la acera. Un espantoso olor a piel y pelo carbonizados flota en el aire.

No puedo aguantar ni un segundo más. Me doy la vuelta.

El camino hasta mi apartamento se convierte en una alucinación silenciosa. En bucle, imagino las terribles secuelas de una desgracia así: su piel abrasada cayéndose a trozos, dejando al descubierto la carne roja de debajo. Las casas color pastel de mi barrio parecen grises en la oscuridad. Frente a los comercios, cerrados a esta hora, la gente sin hogar monta sus pequeños campamentos para pasar la noche. El agujero negro se eleva en el cielo ante mí, como una estrella oscura.

Aturdida y temblorosa, saco el teléfono del bolsillo y pulso la pantalla. Es tarde al otro lado del país, pero sé que él contestará.

—Hola, cielo.

—Hola, papá.

—Escucha, es muy tarde para llamar así de repente. Sabes que a esta hora ya estamos durmiendo. Casi despiertas a tu madre. ¿Va todo bien?

La escena del hombre en llamas queda atrapada en mi garganta. Vive allí, en el interior de mi tráquea, todavía quemándose. Saboreo el humo.

—Todo va bien —digo, con voz ahogada—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelga y una sensación de profunda soledad se apodera de mí. Llego a la entrada de mi casa, es un edificio de color amarillo pastel convertido en un bloque de apartamentos. El hombre que vive en la acera bajo mi ventana está durmiendo. Cuando llego arriba, al interior de mi piso diminuto, saco una bolsita de cocaína del congelador y me preparo una raya. Luego la aspiro entera por la nariz. La droga recorre mi torrente sanguíneo. Me recuesto en mi sofá barato de color azul y fijo la mirada en el techo blanco. Por un momento, solo un momento, el hombre en llamas parece haberse marchado y ya no hay nada que ocupe mi mente. Por un momento, me mantengo fría y en

silencio, como un cadáver recostado sobre la superficie plateada de una mesa de autopsia.

Pero cuando cierro los ojos, el hombre vuelve a estar en llamas, ardiendo en la negrura de mi mente. Un fuego que brilla eternamente, un gemido silencioso y falto de oxígeno.

Abro los ojos y el agujero negro se cierne sobre mí. Se ensancha, dilatándose como una pupila.

Estos son los hechos: tengo treinta y tres años y hace ya casi un año que trabajo en Silicon Valley, esperando que la verdad de mi vida se abra como una cáscara y se revele al fin.

A mi alrededor, advierto todas las señales que indican que el dinero está arruinando la vida en un sitio: mientras que los ricos viven en casas en la zona alta, los pobres viven en tiendas de campaña sucias y descoloridas junto a nuevas cafeterías de zumos. Hay gente cagando en plena calle junto a otra gente comprando alimentos gourmet. Gente comiendo en restaurantes caros y otra alimentándose de lo que encuentra en los contenedores de basura de los callejones traseros. Esta es una ciudad de extremos.

La ciudad está llena de creyentes. Los creyentes quieren estar aquí, nacieron para estar aquí. Vienen de la Ivy League y dedican la totalidad de sus seres a la tecnología. Sus ojos brillan como si estuvieran pixelados. Sus pulsaciones vibran con la subida o la bajada de las acciones en la bolsa, sus coches funcionan sin conductor, sus teléfonos recogen cada dato de sus vidas: las canciones escuchadas, los pasos dados, los lugares visitados, los entrenamientos completados, las horas dormidas.

Los que no somos creyentes hemos llegado aquí para salir de nuestras ciudades moribundas, de nuestras universidades públicas, de nuestros pasados de clase baja para llegar a estratos superiores de riqueza. Hemos venido aquí para reinventarnos con el apoyo de nuestras familias empujándonos hacia adelante, sus manos en nuestras espaldas, instándonos a movernos hacia el oeste para encontrar el oro.

Pero en este lado existen interminables horas de desplazamiento, correos electrónicos constantes y un sinfín de notificaciones, proyectos de alto secreto, la negación de que pueda existir algo imposible de realizar. Seas creyente o no, la presión de la atmósfera en San Francisco te cambia, te moldea, te transforma en una nueva raza de trabajador. A mí también me cambió.

Para sobrevivir aquí, me he dividido en dos personas distintas: la verdadera y la falsa. Mi falso yo se levanta para hacerse cargo de todo cuando las exigencias son demasiado grandes. Quizá siempre tengamos que ser dos: nuestro verdadero yo y el que creamos para sobrevivir en un mundo como este. En mis primeros días aquí, pensaba que mi verdadero yo era suficiente. Pero la vida iba demasiado deprisa como para seguirle el ritmo: luchaba con los plazos de entrega, me quedaba dormida, no rendía. Entonces, tras una reunión de trabajo, una chica de nuestro equipo de ventas me puso la primera bolsa de polvos blancos en la mano.

—Es para seguir el ritmo —me dijo, con sus pupilas negras grandes como platos—. Está claro que lo necesitas.

La droga me llena de agudeza, claridad, confianza. Esnifo una raya cada mañana, como un ritual, algo así como una versión de lo que significa la primera taza de café. Ahora hago las presentaciones en un tiempo récord. Trabajo quince horas sin parar para comer. Destaco. Y aún mejor, la droga hace que el agujero negro disminuya. Se reduce hasta una mota de polvo cuando la cocaína se apodera de mí. Y cuando no estoy trabajando, me pierdo en las pantallas, como todo el mundo aquí: portátil, teléfono, tableta, televisión.

La alternativa es demasiado aterradora. Siempre que estoy limpia y sin pantallas, aflora una angustia gigantesca. En esa horrible quietud, puedo escuchar un río ensordecedor de melancolía que ruge en la cueva roja y oscura de mi corazón.